

Exilio Republicano Generación 2 : Rodolfo Llópis

Rodolfo Llópis

00:00:00:00 -00:03:2810

Hace unos años, se inauguró en Toulouse, en el barrio de Saint-Simon, una calle con el nombre de Rodolfo Llopis. Y cuando me citó el alcalde, me dijo: «De acuerdo, pero entonces nada de eslóganes políticos, nada de banderas políticas».

Por supuesto, soy hijo de Rodolfo Llópis y también me llamo Rodolfo Llópis. Y cuando llegué al lugar, las jóvenes que se encargaban de la instalación me dijeron: «Habría que decorarlo un poco con algunas banderas». Ah, les dije: «Escuchen, les aconsejo, ya que creo que mi padre tuvo dos vidas y media —voy a justificar la "media"—, es decir, la República Española (por supuesto, hay un periodo que no conocí porque aún no había nacido), por lo que habrá que poner la bandera republicana española; una bandera francesa, para representar su tierra de exilio; y la bandera actual de España, para simbolizar su regreso en 1976 tras la muerte de Franco. Y añadan una bandera europea. Así que había un conjunto de varias banderas.

Nací en Francia, en Albí. Mi hermana nació dos años después que yo, también en Albí. En Albí también enseñaba mi madre... que era francesa. Y entonces se preguntarán: ¿cómo es posible que Rodolfo Llópis, ministro en España, se casara con una francesa? La razón es la siguiente: mi madre estudiaba en la Escuela Normal de Maestras de Albí y tenía como profesor de español a Léon Pompidou, el padre de Georges Pompidou. Y le apasionaba España. Cuando terminó sus estudios en la Escuela Normal, la destinaron, como suele ocurrir, a un pequeño pueblo cerca de Albí. Y allí no podía soportar estar en ese pueblo. Entonces avisó a Léon Pompidou, su profesor de español, quien le dijo: «Le voy a buscar una beca para que continúe sus estudios y enseñe en el Instituto francés de Madrid».

Así que fue destinada al liceo francés de Madrid, a la enseñanza primaria, ya que era maestra. Después, continuó sus estudios de español y cada año venía a Toulouse a pasar los exámenes. Pasó a profesora de secundaria en el liceo francés de Madrid. Estuvo allí doce años.

00:03:28:12 - 00:07:15:03

Le apasionaba la pedagogía y seguía toda la revolución pedagógica que estaba llevando a cabo Rodolfo Llópis. Le siguió todo el tiempo, en todas sus conferencias, ya fuera en Santander, en otra ciudad y, sobre todo, en el Ateneo de Madrid, donde sus visitas le permitieron conocer a Federico García Lorca, Alberti y tantos otros... Se conocieron allí y ella se convirtió rápidamente en miembro de su club de fans y, además, escribía artículos para un periódico llamado *L'École libératrice*, periódico propio del sindicato de maestros, donde contaba todas las reformas que estaba llevando a cabo Rodolfo Llópis. Por supuesto, lo que tenía que pasar, pasó: al verse tan a menudo, al compartir las mismas preocupaciones pedagógicas, las mismas ideas, decidieron casarse. Mi madre tenía mucho ilusión en que se casaran en Albí en 1937 y hay una anécdota que me gusta mucho, y es que mi padre, que era ministro en el gobierno de Largo Caballero, le dijo: «Señor presidente, tengo que pedirle un permiso para ausentarme y casarme en Francia, en Albí, con una francesa». » Y Largo Caballero le respondió: «Llópis, sabía que era inteligente, pero no tanto. Vd sabía perfectamente que íbamos a perder la guerra y se casó con una francesa, por lo que ya tiene una casa en Francia. Tiene mucha suerte». A lo que mi padre respondió: «Señor presidente, mi casa siempre será la suya». Y así fue, porque Largo Caballero, nada más llegar a Francia, se refugió en casa de los Llópis. Así que, en 1937, Rodolfo Llópis llegó a Albí, se casó con Georgette Boyé y regresó inmediatamente a España.

Se implicó mucho en el fletamento del último barco que zarpó del puerto de Alicante con numerosos refugiados, ya que el avance de las tropas franquistas e italianas se acercaba a Alicante. Y ese barco, el *Stanbrook*, tuvo muchas dificultades para salir del puerto de Alicante, ya que no sabía si sería aceptado en el puerto de Orán, ya que se dirigía hacia allí. Por lo tanto, Rodolfo Llópis tenía muchas cuestiones que resolver como diputado de Alicante en su tercera legislatura.

00:07:15:06 -00:10:02:14

Los inicios de su carrera política tienen lugar en Cuenca. Permanece allí durante doce años y no solo se dedica a la enseñanza y a la pedagogía, sino también a la política. Es el primer socialista elegido en el ayuntamiento de Cuenca. Además de la masonería, por supuesto. Y se implicó en la conservación del patrimonio de la ciudad, ya que se opuso —y ganó— a la destrucción de las Casas Colgadas de Cuenca. Así que hizo mucho trabajo. Y al cabo de esos doce años, se marchó a Madrid, donde ocupó altos cargos hasta llegar a ser ministro de Largo Caballero. Y fue entonces cuando comenzó el exilio de mi padre. Cruzó la frontera en Le Perthus o La Junquera el 9 de febrero de 1939. Mientras llegaba a pie, cruzando a pie, el azar quiso que un coche oficial lo adelantara. Era el coche de Indalecio

Prieto. Y el conductor reconoció a mi padre: «Le llevaré adonde quiera ir» dijo. «Voy a Perpiñán, al Hotel Sala (?), donde tenemos la última reunión del Partido Socialista Obrero Español». Esa misma noche, a las 9, llegó a Albí. Y así comenzó el exilio. Teniendo en cuenta su pasado político y profesional en la España de la República, siguió dedicándose a la política. Y recreó, no, creó el PSOE en el exilio en Toulouse. Fue su secretario general durante 30 años, hasta la escisión.

00:10:02:16 - 00:14:06:08

¿Qué decir de esa vida en el exilio de mi padre? Tenía sus oficinas en Toulouse, en la *rue du Taur*. Todos los días, todos los días, por la mañana y por la tarde, cogía el tren de Albí a Toulouse, pasaba todo el día en Toulouse y volvía por la noche. Y lo hizo durante todos esos años de exilio. Pero no hay que olvidar —lo escuché de nuevo hace unos días durante la presentación de un documental — que fue el político español en el exilio —se puede buscar en todos los partidos políticos, ya sea el partido anarquista, el partido comunista—, fue el único que se subió a las tribunas, que respondió a las invitaciones, ya fueran socialistas o pedagógicas, de todo el mundo para impedir el reconocimiento del régimen de Franco. Recorrió toda Europa y se hizo amigo de personas como Golda Meir, Harold Wilson, el inglés, y Léon Blum, el francés. Tengo un libro en el que se le muestra en todas esas tribunas, incluso se fue a Uruguay, donde le ofrecieron una cátedra que rechazó, porque al fin y al cabo estaba muy contento de que Albí estuviera muy cerca de los Pirineos y de España. Cada año, en Navidad, solía decir: «Al año que viene estaremos en España». Y celebrábamos la Navidad con amigos españoles. Pero «al año que viene estaremos en España» duró treinta años. Y hubo que resignarse. Pero, comprenderán que con la vida que llevaba, no eran las cuotas del PSOE las que le permitían vivir. Todos esos viajes los hacía invitado por el Partido Socialista Italiano, etc. Por suerte, en casa alguien se encargaba de lo material, Georgette, su mujer, porque al final, cuando cerró el liceo francés de Madrid, ya que estalló la guerra, todos los profesores fueron enviados de vuelta a Francia y los alumnos, por supuesto. El primer puesto de profesora de mi madre en Francia fue en Lavaur, en el Tarn, y luego en el instituto Rascol de Albí, donde enseñó durante el resto de su vida. Y, bien mirado, todos vivían solo de su sueldo. Todo esto para decirles que mi padre, en el fondo, me recuerda un libro de Alain Malraux, el hijo de André Malraux, y a su título *Le Père introuvable (El padre inalcanzable)*. Pasaba por casa, sin detenerse demasiado. Y las conversaciones con él eran muy escasas. Porque además era una persona muy reservada, que nunca hablaba de sus problemas políticos, que no nos contaba nada de lo que pasaba en Toulouse.

00:14:06:10 - 00:16:54:10

Por supuesto, en todos esos viajes también había reuniones clandestinas. Por eso le gustaba estar cerca de los Pirineos. Y mi madre solía decirle... bueno, él le decía: «Mañana me voy». «¿Y adónde vas?», porque hablaban en español. Mi madre siempre nos hablaba en francés y él en español. «Voy a la peregrinación de Lourdes». Entonces mi madre decía: «Está bien, lo entiendo». ¡A la peregrinación de Lourdes, él, el masón! O bien: «Me voy a la feria-exposición de Bruselas» o de Fráncfort, donde fuera. Ella enseguida entendía que se trataba de una reunión. O, a veces: «Me voy a San Juan de Luz, donde hace sol». Bueno, allí también había reuniones, y clandestinos que cruzaban la frontera.

Mi madre, como ya he dicho, era traductora jurada. Y era la época en la que muchos españoles querían convertirse en franceses y adquirir la nacionalidad francesa. Y ella tenía mucho trabajo de traducción. Y cuando mi padre la veía hacerlo, ella le decía: «Sí, estoy haciendo una traducción para fulano». Él decía: «Uno más». Es cierto, no paraban esas traducciones, no paraban, no paraban. Y como traducía a mano, es decir, no utilizaba ordenador, porque no existían, eran traducciones bastante largas y a veces difíciles de descifrar, sobre todo cuando se trataba de papeles, de documentos que venían de pueblos españoles donde había nacido o vivido la persona. Hacía un trabajo muy concienzudo, consultando el diccionario, buscando el nombre del pueblo para traducirlo correctamente. Tenía muchos amigos en Albí, muy influyentes. Desde el prefecto hasta médicos, y a veces organizaba una comida en casa. Y mi padre solía presentarse y decir: «Aquí soy el refugiado de mi mujer.» Y, al fin y al cabo, era cierto. Era cierto. Bajo su tono humorístico —tenía mucho—, la frase no era del todo falsa. Así que ella se encargó de la parte material de mi padre.

00:16:54:12 - 00:19:46:14

Y más que eso... porque cuando Largo Caballero llegó a casa con sus dos hijas, Isabel y Carmencita, y la tía María, tres personas... Yo debía de tener dos o tres años, tengo una foto en un triciclo en el jardín. Llegó, perseguido, y las autoridades de Albí, que eran autoridades de Vichy, se decían: «¿Cómo? ¿Un primer ministro español y un ministro español en la ciudad de Albí? No es posible, hay que alejarlos lo antes posible». En el caso de Largo Caballero, Georgette se esforzó como una leona para encontrarle una casita en *Trébas*, cerca de Albí, donde, por desgracia, fue detenido porque la gendarmería también estaba bajo las órdenes de Vichy, y cuando le comunicaron que mi padre iba a ser trasladado no sé a qué lugar de Francia, lo que significaba que era la puerta de entrada a un campo de concentración alemán, volvió a luchar como una fiera, llegando incluso al Gobierno de Vichy para intentar convertir esa salida —y lo

consiguió— en arresto domiciliario. Y en lugar de abandonar Albí definitivamente para ir a un campo de concentración, se encontró en dos residencias vigiladas, lejos de Albí, como deseaban las autoridades, en Lozère, en *Chambon-le-Château* y en *Marcols-les-Eaux*. Recuerdo que íbamos a verlo. Estaba en un hotel, comiendo con dos gendarmes que no lo soltaban en todo el día, y descubriendo la pesca de la trucha. De pequeño iba a verlo allí y él me enseñaba a pescar truchas. Era en *Chambon-le-Château*. Poco a poco consiguió acercarse a Albí y ser guardabarreras en *Gaillac*, vigilando la vía férrea de *Gaillac*. Y cada vez las autoridades iban a ver dónde estaba para comprobar que estaba lejos de Albí.

00:19:46:16 - 00:24:58:09

Este exilio duró hasta 1976, incluso la familia tenía miedo de escribir —la familia que encontramos en Alcalá de Henares— y de venir aún más. Así que no había cartas de la familia. Las cartas llegaban a través de los clandestinos y todos los vínculos con España eran vínculos o motivos clandestinos. Oficialmente, no había nada. Estuvimos aislados de España hasta 1976. Mi padre fue al Consulado de España en Toulouse a buscar, como le había dicho el cónsul, su pasaporte español. FR3 Toulouse (la televisión local) estaba allí, invitada por quién, no lo sé. Y mi padre declaró a FR3 Toulouse: «Pero no veo por qué tengo que venir a buscar un pasaporte. ¿Por qué tengo que venir a buscar un pasaporte? Yo SOY español». Y así terminó la conversación. Cuando obtuvo su pasaporte, decidió volver, ir a España, él para regresar y yo para ver, para conocer por fin España.

Su sueño era coger el avión en Toulouse e ir directamente a Alicante, donde había sido diputado durante tres legislaturas. Era su país. La ciudad donde había nacido estaba a pocos kilómetros, Callosa d'en Sarrià. Allí había nacido, «hijo del cuerpo», solía decir. Su padre era militar. Volvimos allí. Bueno, voy a empezar por el principio. Salimos de Toulouse y sucedieron cosas muy divertidas. Después de tantos años de exilio, después de tantos años de ausencia de la escena política, no del exilio, de la escena política en general, llegamos al aeropuerto y, mientras tomábamos un café esperando la salida del avión, se nos presenta una persona con el uniforme de Iberia. Nos dice: «¿Es usted el señor Llopis?». «Sí. » Nos dice: «Hay un coche esperándoles para llevarlos al avión». Y mi padre me miraba: «¿Pero qué pasa? ¿Qué pasa?». Pensábamos ir al avión como todo el mundo, con el autobús. Un coche nos deja al pie de la pasarela. Ya había una veintena de periodistas. Al día siguiente, en *La Dépêche du Midi* (periódico local) salió una foto. Lo que me valió una curiosa aventura y es que tuve que pedir un permiso. Le expliqué la situación al director de mi instituto y me dijo: «Escuche, Llopis, entregue su demanda de permiso y, cuando vuelva, la tiraré a la basura como si se hubiera quedado aquí». Y cuando volví, me dijo:

«Mire la foto que ha salido en *La Dépêche*». Los dos están en las escaleras del avión saludando por el regreso, y la mención : *Llopis, profesor, etc.*». Entonces me dijo: «Por supuesto, tuve que declarar tu ausencia». Eso me valió esta pequeña aventura, no pasa nada. Y así subimos al avión que salía hacia Barcelona, ya que había que hacer escala en Barcelona antes de Alicante. Y en el avión... y eso lo he contado porque es un momento muy emotivo para mí. Mi madre me había dicho: «Tienes que irte con él porque tiene 83 ó 84 años, no hay que dejarlo ir solo» y yo encantado le dije: « Por supuesto, le acompaño». Y en el avión, cuando sobrevolábamos los Pirineos, es decir, cuando cambiábamos de país, pasábamos de Francia a España... Él, que es un hombre muy pudoroso, sin decir una palabra, sentí que me ponía la mano sobre la mía. Y me apretaba, pero haciéndome daño. Lloraba. Y yo también. Yo también.

00:24:58:11 - 00:29:54:19

Y enseguida salió el capitán del avión con una botella de champán y dos copas. Y mi padre me miraba: «Pero ¿qué pasa? ¿qué pasa?». Creo que, al regresar, comprendió que ese regreso había sido teledirigido por las autoridades franquistas, por Fraga Ibarne, por no nombrarlo. Y que ese regreso había sido organizado para que fuera un regreso visible para el gobierno que vendría después. Y, por supuesto, llegamos al aeropuerto de Barcelona y allí había una multitud inmensa. Después de treinta y tantos años de exilio. No podíamos creer lo que veían nuestros ojos. Una multitud enorme de periodistas. Y claro, fue acaparado por sus amigos, por los periodistas. Bueno, pasamos una noche en Barcelona. No paró de responder a las entrevistas de los periodistas. Y al día siguiente aparecieron en los periódicos. Ese día tomamos el avión a Alicante. Y allí también fue una locura. Es decir, allí estaba en su casa. Había muchísima gente, con pancartas, carteles, una multitud enorme. Tanto es así que, sin saberlo, viajamos en el avión con el equipo de fútbol de Alicante. Y al día siguiente, el periódico de fútbol Don Balón titulaba: *No esperaban al Hércules de Alicante*. Contaban la llegada del equipo de fútbol de Alicante y nuestra llegada. Así que en Alicante también, incluso había majorettes delante del hotel Gran Sol, y luego entrevistas sin parar.

Por supuesto, volvimos a Callosa, que es un pueblo pequeño, bueno, pequeño, ahora hay un instituto que lleva su nombre, pero había poca gente, nadie lo sabía. Éramos cuatro o cinco coches. Y al final no vimos a muchos callosinos. Después los conocí cuando volví allí solo.

Mi permiso estaba terminando, lo dejé en Alicante. Y desde Alicante, donde pasó, no sé, 5 ó 6 días, regresó a Madrid, donde recibió exactamente la misma acogida. ¡Ah, no! ¡Yo estaba en Madrid! Perdón, me he equivocado. No lo dejé en Alicante. Hice el viaje con él a Madrid. Y ocurrió algo muy curioso: viniendo

de Alicante, antes de la estación de Atocha, está Alcalá de Henares. Y allí, de repente, en el andén, estaba toda la familia Llópis. Dijeron: «Acabamos de pasar por Atocha, no pudimos acercarnos al andén donde vais a llegar. Así que hemos cogido el coche y hemos venido a Alcalá para poder charlar un rato». Se sentaron en el tren y hablamos, nos conocimos. Al fin y al cabo, yo conocí a esta familia que no conocía. Y entre Alcalá de Henares y Atocha, hablamos mucho. Por supuesto, en Atocha se marcharon. Y allí no solo estaba la policía, sino también la guardia haciendo un pasillo de honor. Y tengo fotos, haciendo un pasillo de honor. En las tres ciudades, Barcelona, Alicante y Madrid, fue una bienvenida lamentablemente teledirigida, organizada. Como buen político, se dio cuenta muy pronto.

00:29:54:21 - 00:35:12:08

Sí, volví a España incluso sin él, después de su muerte, a ver a la familia en cuestión. A Madrid. Y hay un proyecto para colocar una placa en el antiguo apartamento que ocupaba en la calle Viriato. Mi madre, no, no vino, no lo acompañó a España en su regreso. Porque estaba harta de política. Y me dijo: «Sobre todo...» cuando se enteró de que mi padre quería a toda costa que estudiara Ciencias Políticas, me dijo: «Sobre todo, sobre todo, nunca te dediques a la política». Era más bien una literata que se ocupaba mucho de los pintores, sobre todo de los pintores españoles de Albí y otros lugares. Se ocupaba mucho de todo lo relacionado con los pintores españoles, escribía artículos, críticas. Incluso fue crítica de arte para un periódico socialista del Tarn llamado *Le Républicain* du Tarn. Cada semana, en el semanario, hacía la crítica artística.

Teníamos una pareja de amigos en Albí, Francisco Barrén y su mujer Martine Vega, que llegaron a Albí y todos los domingos por la tarde íbamos a pasar una o dos horas con ellos. Hablábamos español, y mi padre disfrutaba mucho porque Francisco Barrén hablaba un español magnífico y un francés aún mejor. Era una persona muy, muy culta. Durante toda su vida, ella mantuvo contacto con estos dos artistas españoles. Más tarde, entró en contacto con una artista llamada Milagros Ferrer, de Valencia, que exponía en una galería de Albí una vez cada tres años. Siguió siendo una gran amiga, pero ella vivía en Valencia, España. Escribió mucho sobre pintores y artículos muy bonitos. No quería oír hablar de política y, sobre todo, no quería que su hijo... Sentía que mi padre quería que me metiera en política. Y tal vez él tenía una idea secreta que no me atrevo a imaginar. Ella había dicho: «No, no voy a hacer este viaje, estoy bien aquí, no quiero volver a adaptarme al ritmo de vida español, a las comidas muy tardías», había encontrado su hogar, estar tranquilamente en su casa. Me envió como embajador de la familia. Mi madre, que detestaba la política, había creado en Albí la sección femenina de las mujeres socialistas del Tarn, así que también se

dedicaba un poco a la política.

Mi hermana y yo, nacidos en Albí, hicimos toda nuestra educación secundaria en Albí. Lo veíamos raramente, nunca se ocupó de nuestros estudios y, una vez terminada la secundaria, mi hermana y yo vinimos a la universidad de Toulouse. Tenía la intención de hacer una licenciatura en español, la hice y, por desgracia, a la hora de presentarme a las oposiciones nacionales, el *Capes* (cátedra de instituto), me dijeron: «Tienes que ser francés, así que tienes que irte un año a España a un instituto francés como asistente», y pensé que era imposible, y todo el mundo me decía: «Si el hijo de Llópis llega a algún lugar de España, se sabrá y lo contratarán en el ejército español inmediatamente». Esa fue una de las razones. La segunda razón es que le había prometido a mi padre que nunca pisaría suelo español mientras se lo prohibieran a él, y mantuve mi promesa hasta 1976, cuando llegué por primera vez a España con él.

00:35:12:10 - 00:40:31:15

Hay dos cosas que me molestaban mucho. En secundaria había viajes escolares a España y siempre había un ausente, era Llopis, y en el instituto los docentes entendían por qué Llopis no participaba en el viaje escolar. Y otra cosa: me di cuenta de que, durante el franquismo, muchos compañeros profesores o maestros compraban pisos o casas en España y todos estaban orgullosos de decir: «Ya está, he pasado un año en tal sitio, he comprado un piso, ¿cómo es posible que los Llopis no tengan casa en España?». Era demasiado largo explicárselo, así que me salía del paso diciendo: «Es así». En cuanto a la casa, teníamos una, el piso que mi padre había dejado y legado a su hermana, en pleno centro de Madrid, en Viriato, y que había dejado definitivamente a su hermana. Volvimos allí en 1976, comimos en su antiguo piso y, cuando nadie escuchaba, me enseñaba jarrones, tapices y me decía: «Eso es mío, eso es mío, eso es mío», pero, por supuesto, en silencio, era su casa. Teníamos la casa y pensábamos que nos la iban a dejar a mi hermana y a mí, pero no, se la dejó a su hermana y a los hijos de mi hermana [inaudible], dos oftalmólogos de Madrid. Esas historias de viajes escolares y compañeros de instituto que compraban casas en España me marcaron mucho.

Vuelvo a mis estudios superiores, que hice en la Universidad de Toulouse en español. Tenía profesores famosos y un día, en una clase, creo que, de filología, estábamos en un pequeño anfiteatro y ese profesor dijo: «Aquí los hijos de refugiados no tienen nada que hacer» o «no los quiero», una frase así. Dos de nosotros nos levantamos, una amiga llamada Carmen y yo, y salimos de la sala. Los dos lo recordamos muy a menudo porque hacíamos baile flamenco en Toulouse, en el café *Le Pérignon*, donde había una escuela de baile flamenco. A mi padre no le gustaba mucho que tuviera esa distracción y me dijo: «Ahora vas

a estudiar ciencias políticas. Has terminado la licenciatura en español, vas a estudiar ciencias políticas». Era factible, las clases eran al final de la tarde. Estudié ciencias políticas. No me sirvió de nada, pero me gradué en el Instituto de Estudios Políticos de Toulouse. También decidí estudiar una licenciatura en inglés, ya que en aquel momento era posible, con los conocimientos adquiridos en la licenciatura en español, continuar con una licenciatura en inglés. Después me fui a Escocia durante dos años como asistente en un instituto escocés, ya que era un requisito, luego volví a Toulouse para terminar mi licenciatura y después me fui como lector a la Universidad de Birmingham, y volví muy a menudo de viaje a Gran Bretaña. Eran momentos en los que no estaba en Albí, en los que veía aún menos a mi padre. Después me casé.

00:40:31:17 - 00:43:53:13

En 1968, no había llegado a Albí, estaba en Castres. Seguí el movimiento, al igual que mi mujer, que era profesora de física y química, nos dejamos llevar por el movimiento y pensábamos que teníamos razón. Todo lo que pudiera cambiar las cosas, hacer avanzar el interés de los alumnos, había que aprovecharlo. No sé cómo explicarlo, pero siempre me ha apasionado la pedagogía, las novedades, y no era necesariamente porque mi padre... Eso lo supe después. No solo tenía mis horas de enseñanza, sino que me convertí en asesor pedagógico para los profesores jóvenes. Un inspector me tomó bajo su protección, porque la Academia de Toulouse, desde el punto de vista docente, es inmensa. No eran suficientes —creo que eran dos— para ver a todo el mundo. Me dijeron: «Puedes echar una mano». Tuve becarios en clase durante todo el año, como todos los asesores pedagógicos, y yo también participé —es el ADN de la pedagogía de los Llópis, tanto de la madre como del padre y del hijo— en todas las innovaciones para renovar un poco la enseñanza del inglés, porque se hacía con un libro, y punto. Cuando aparecieron los métodos audiovisuales, me lancé de lleno a ellos, hice prácticas. Creo que fui el primero en el departamento de Tarn en utilizar los métodos audiovisuales. Luego me lancé a la enseñanza del inglés en primaria. Tuve que organizarlo todo, pero a mi pequeña escala en el departamento. Además, tenía muchas actividades pedagógicas y me apasionaban. He estado demasiado ocupado toda mi vida con mis viajes a Inglaterra, a Escocia, con los estudios universitarios, con mi docencia. La enseñanza te consume todo el tiempo. Sobre todo cuando tienes muchas clases de último curso y exámenes que corregir todos los domingos. No podía volver todos los domingos a casa en Albí, todavía no estaba en Albí. Todo eso de mi padre se me escapó un poco. Pero en cuanto me jubilé, me interesé por la tesis de Bruno Vargas y por todos los artículos que iban saliendo, la recuperación de la memoria histórica, empecé a interesarme mucho por su figura.

00:43:53:15 - 00:46:42:20

Entonces tenía tiempo y tranquilidad para leer, tomar notas, responder a las preguntas que me hacían desde España, viajar a España, etc. Los artículos sobre la figura de Rodolfo Llópis comenzaron gracias a un amigo que era profesor de español en el mismo instituto que yo, el instituto Bellevue de Albí. Jean-Jacques Fleury, que escribió y tradujo muchas cosas de mi padre en la revista de las sociedades intelectuales del Tarn, llamada *La Revue du Tarn*. Y eso fue durante un verano. Luego vino la tesis de Bruno Vargas. No recuerdo cuándo empezó, pero, en cualquier caso, Bruno Vargas trabajó en su tesis en el mismo despacho donde trabajaba mi padre. Un despacho de tabloneros que él mismo había construido. Tenía todos los documentos auténticos a mano, una tesis que convirtió en un libro publicado por la editorial Planeta.

Y luego, poco a poco, la gente empezó a publicar cosas. Por ejemplo, en Cuenca se empezó a escribir sobre su estancia en Cuenca, y también en Alicante. El orgullo de redescubrir la imagen de quien renovó la educación primaria en España. Sus viajes al extranjero para inspirarse en lo que habían hecho, por ejemplo, los rusos.

Fue a Rusia y volvió con un libro, *La Rusia que yo he visto*, no siempre de acuerdo con la forma de hacer las cosas, pero donde aprendió mucho sobre pedagogía, y todos esos viajes le enriquecieron para construir en España una reforma de la enseñanza primaria con formación de maestros, laicidad, escuela mixta, comedor escolar... Sería demasiado largo enumerarlo todo y no sé cuántas escuelas inauguró, pero hay muchas fotos en las que aparece con Manuel Azaña inaugurando tal o cual grupo escolar.

00:46:42:22 - fin

He traído un recuerdo, creo que soy el único que lo tiene en Francia. Antes que yo, la actriz María Casares [hija de Santiago Casares Quiroga] escribió un libro titulado *Résidente privilégiée (Residente privilegiada)* y en las fotos de ese libro aparecía la de este objeto. Este objeto es la Constitución española de 1931, en una bonita caja redonda. En el artículo 48 colaboró Rodolfo Llópis, ya que es un artículo sobre la renovación pedagógica en las escuelas de la República. Yo mismo lo marqué, es un objeto precioso.

Sí, hay que señalar que hace unos años se puso en contacto conmigo Francesc Picó, un productor y director de una cadena de televisión valenciana que tenía mucho interés en venir a entrevistarme a Albí porque tenía previsto realizar un documental sobre Rodolfo Llópis. Y, efectivamente, vinieron a Albí y pasaron dos

días filmando diferentes lugares, las casas en las que habíamos vivido, el cementerio donde está enterrado, la calle que lleva su nombre en Albí. Después continuaron sus investigaciones en Madrid, Alicante y Cuenca. La parte política no me gusta mucho. Pero la parte pedagógica está muy lograda, con documentos de la época. La prefiero a la parte política. El director entrevista a mucha gente y el primer error es no haber puesto los nombres de las personas. Con un público francés, todo el mundo me preguntaba: «Pero ¿quiénes son estas personas que hablan?». Yo les explicaba: tal persona fue vicepresidente del Parlamento Europeo, tal otra fue ministra. Es una parte que me molestó un poco. Porque muchas de las personas entrevistadas son las que lucharon contra mi padre en el momento de la escisión. En particular. Y ahí los veo en la película, todos muy acaramelados: «Sí, era el más fiel al Partido Socialista, sí, solo había uno, debería haber seguido siendo secretario general del Partido Socialista...». Es una hipocresía, pero solo yo puedo saberlo. Porque, además, en la película, desfilan uno tras otro. Y es una letanía, la misma, uno tras otro. Así que es una gran hipocresía. Excepto uno o dos que dicen la verdad, se nota que es algo que realmente piensan. Y además los conozco, entre ellos un tolosano, Amadéo Calzada. Y que realmente dicen cosas verdaderas.

Toda mi vida se ha repartido entre tres idiomas, tres culturas, tres civilizaciones. El francés, que es la lengua de mi nacimiento, el español, que es el idioma del corazón, profundamente del corazón, y el inglés, que es el idioma profesional, digamos, que he enseñado toda mi vida. Por supuesto, para pasar todos esos exámenes en Francia, había que ser francés. Así que tuve que tomar la nacionalidad francesa. Ya que mi padre me había declarado Rodolfo Llópis, de nacionalidad española, en el consulado de España en Toulouse. Mi mujer y yo compramos una casa junto al mar, en la región de Burdeos. Y el notario nos dijo: «Escuchen, aquí tengo dos nombres, Rodolphe Llopis y Rodolfo Llópis. Uno es correcto y el otro es falso. Es posible que la casa no le pertenezca, aunque la hayan comprado». Así que rápidamente me precipité al consulado —esto fue hace diez o doce años— y allí descubrí que había sido declarado de nacionalidad española y, tan pronto como fue posible —como les decía, el español es mi lengua del corazón—, tan pronto como fue posible la doble nacionalidad, volví corriendo al consulado para solicitar un pasaporte español, «Sí, señor, sin problema», me lo entregó el propio cónsul en su despacho. Y cuando viajo por España, lo hago con el pasaporte español.

Entrevista grabada el 24 de febrero de 2020

Rodolfo Llópis, Rodolfito, «Fito», falleció el 14 de octubre de 2020.

Traducción automática, revisada y corregida por Alet Valéro